

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año III.

8 de Noviembre de 1891

Núm. 134



SUSCRIPCION

En Mula, 50 ctms. al mes.—Fuera,
pesetas trimestre.—Pago anticipado.

DACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este
periódico.—La correspondencia al director.

BANCO VITALICIO

DE CATALUÑA

COMPANIA GENERAL DE SEGUROS SOBRE LA VIDA A PRIMA FIJA

DOMICILIADA EN BARCELONA,

Calle Ancha, 64.

Capital social: 10.000.000 de pesetas.

Activo. Ptas. 13.947.554 88

Reservas aplicadas á los
riesgos en curso. 3.032.439

Riesgos en curso en 31
Diciembre 1890. 55.555.644

Importe de las primas
anuales. 1.573.144 95

Siniestros pagados du-
rante el bienio de 1889 90 » 732.406 93

Inspeccion General en Murcia, Lucas, 3.

Agencia en Mula, J. E. Maluenda

EL NOTICIERO DE MULA

UN DURO FALSO.

Dolores reñía una batalla consigo misma; estaba despeinada, con la descolorida bata mal ceñida, los ojos hinchados de llorar, de pie, junto á la ventana, mirando alternativamente al piso, lleno de barro, de la calle, y al duro amarillento, mal grabado, que tenía en la mano.

La tarde era fría, negros nubarrones formaban marco inmenso á los tejados desiguales y sucios que Dolores veía desde su ventana; las gotas de agua resbalaban como lágrimas sobre los vidriados cristales, y á la opaca luz de la tarde, los tonos amarillentos del duro prestaban á la efigie mal grabada sobre el rasgos de caricatura burlesca.

La nariz inmensa de aquel Carlos III tenía puntos de semejanza con la de un retrato de clown de feria, y la gravedad del conjunto de aquella cara semejaba una mueca horrible tras de la que se ocultaba una carcajada.

En la habitacion no quedaban muebles, la vispera se habian vendido los últimos á un traperero;

aquel día contaba Dolores con el duro para comer, y el tendero la habia dicho que era falso, ¡el último duro! ¡el precio de la última silla! ¿que hacer?

Cambiar el duro era imposible, vender algo más imposible aún, como no se vendiera ella misma... ¡Que ideal venderse ella misma.

Habia casi anochecido, las tiendas empezaban á iluminar sus escaparates, los faroleros corrían por las aceras con sus encendedores al hombro. Dolores cogió apresuradamente su toquilla, abrió la puerta y se lanzó por la oscura escalera.

No se daba cuenta de sus propios pensamientos, bajaba los escalones de prisa, como quien ha tomado una resolución inquebrantable, apretando convulsivamente dentro del puño el duro falso.

—Venderme yó, eso es, venderme; lo que necesito es un comprador y lo encontraré; después de todo, no es mía la culpa.

Llegó al portal: sentadas en el último escalón jugaban amigablemente dos niñas; su hija y la de la portera.

—¿Dónde vas, mamá? preguntó la primera.

—Voy á buscar la cena—dijo Dolores;—y siguió sin volver la cabeza, de prisa, como si tuviera miedo de mirar hacia detrás.

La niña corrió tras ella.

—Dame un beso—la dijo, cogiéndose á sus faldas.

Dolores se volvió, alzó á la niña en sus brazos, la apretó contra su corazón, y dejándola de nuevo al suelo, salió á la calle.

La lluvia no habia cesado; gotteaban los paraguas de los transeúntes; las luces de los escaparates y de los faroles se reflejaban titilantes en el húmedo entosado; lanzaban los canalones de los tejados el agua sobre las aceras, y el viento frío de la noche hacia que la lluvia azotara el rostro de Dolores.

Ya no pensaba en que había salido á venderse, no miraba á los hombres, no sonreía al cruzarse con ellos, no tenía conciencia ni de las calles que atravesaba; andaba como una autómatas á buscar la cena, como había dicho á su hija, mirando al suelo como si quisiera encontrarla sobre él.

La lluvia comenzó con más fuerza, los transeúntes se refugiaban en los portales, los tranvías marchaban trabajosamente cargados de una manera exagerada, los coches cruzaban ligeros, salpicando el barro; Dolores sentía el frío del agua sobre la piel, vió una puerta grande, dentro habia una iluminación espléndida; era una iglesia; en el atrio habia varios puestos iluminados con farolitos; en uno se vendían estampas, en otro medallas, en otro velas de cera.

En el fondo de la nave lucía el altar mayor como una ascua de oro, y un Cristo de talla gigantesca extendía los brazos sobre el paño blanco tachonado de estrellas que cubria todo el testero de la nave.

Dolores lo veía todo como un sueño, sin darse cabal sentido.

Dios mío, pensaba, ampárame, cómprame tú, te ofrezco una vela de cera en cambio de la cena para mi hija...

Y en medio de su aturdimiento fuese derecha al puestecito en que las vendían, cogió una y tiró sobre el tapete encarnado que cubria la mesa, el duro falso.

La viejecita que las vendía sonrió, recogió la moneda y devolvió el cambio á Dolores, que con el corazón palpitante fuese derecha al altar mayor, dobló la rodilla, y al tiempo mismo que el sacristan encendía la ofrenda ante la efigie del crucificado, murmuraba con las manos cruzadas sobre el pecho, y mirando á la vela:

—Te la debo, Señor, te la debo y te la pagaré.